

# La Identidad Terrenal

Por primera vez, el hombre ha comprendido realmente que es un habitante del planeta, y tal vez piensa y actúa de una nueva manera, no sólo como individuo, familia o género, Estado o grupo de Estados, sino también como planetario”

**Vemadski**

## El legado del Siglo XX

El siglo XX fue el de la alianza de dos barbaries: la primera viene desde el fondo de la noche de los tiempos y trae consigo guerra, masacre, deportación, fanatismo. La segunda, helada, anónima, viene del interior de una racionalización que no conoce más que el cálculo e ignora a los individuos, sus cuerpos, sus sentimientos, sus almas y multiplica las potencias de muerte y de esclavización técnico-industriales (MORIN, 1999).

La muerte introducida en el siglo XX no es solamente la de las decenas de millones de muertos de las dos guerras mundiales y de los campos de concentración nazi y soviética, también es la de las dos nuevas potencias de muerte.

El hecho de que exista la posibilidad de una muerte global a causa de armas nucleares, debe de llevarnos a la reflexión. Pero esta no es la única amenaza que puede llevarnos a la extinción o a la muerte de la muerte. Desde los años setenta el desarrollo indetenible de la industria ha ido dañando nuestra casa (el planeta Tierra) dejándolo vulnerable, el dominio irracional de la naturaleza nos ha dejado desastres naturales impensables, el efecto invernadero cada vez es más evidente.

# La Identidad Terrenal

Al fin la muerte ha ganado terreno al interior de nuestras almas. Los poderes de auto-destrucción, latentes en cada uno de nosotros se han activado.

La civilización moderna creía dirigirse hacia un futuro de progreso, sin embargo el resultado científico que nos ha dado maravillosas maneras de vivir también nos deja caminando en una cuerda floja, donde nuestra vida corre peligro. Porque somos testigos de que el desarrollo puede causar estragos mortíferos.

Visualizar con pesimismo nuestro futuro es derrotarnos sin intentar buscar opciones. Existe una esperanza, hacer conciencia de que somos una ciudadanía terrestre y nuestra humana condición nos une y nos distingue.

Edgar Morín nos dice que existen contracorrientes que pretenden regenerar el caos, pero también pueden desarrollar y cambiar el curso de los acontecimientos que atentan contra la vida de la vida:

- la contracorriente ecológica que aumenta cuando crecen las degradaciones y el surgimiento de catástrofes técnicas e industriales.
- la contracorriente cualitativa que en reacción a la invasión de lo cuantitativo y a la uniformación generalizada se apega a la calidad en todos los campos, empezando por la calidad de la vida.
- la contracorriente de resistencia a la vida prosaica puramente utilitaria, manifestada con la búsqueda de una vida poética dedicada al amor, a la admiración, la pasión, el festejo.
- la contracorriente de resistencia a la primacía del consumo estandarizado, manifestada de dos maneras opuestas: la una por la búsqueda de una intensidad vivida («consumación»), la otra por la búsqueda de una frugalidad y una templanza.

# La Identidad Terrenal

- la contracorriente, aún tímida, de emancipación con respecto de la tiranía omnipresente del dinero que se pretende contrarrestar con las relaciones humanas solidarias, haciendo retroceder el reino del beneficio;
- la contracorriente, también tímida, que como reacción al desencadenamiento de la violencia, alimenta éticas de pacificación de las almas y de las mentes.

Podemos pensar que las aspiraciones que han alimentado las grandes esperanzas revolucionarias del siglo XX podrían renacer bajo la forma de una nueva búsqueda de solidaridad y responsabilidad.

Se podría esperar también que la necesidad de volver a las raíces, incitada hoy en día por los fragmentos dispersos de la humanidad y provocada por la voluntad de asumir las identidades étnicas o nacionales, se pudiera profundizar y ampliar, sin negar dicho regreso a las raíces en el seno de la identidad humana del ciudadano de la Tierra-Patria.

Se podría esperar una política al servicio del ser humano inseparable de una política de civilización que abriría la vía para civilizar la tierra como casa y jardín de la humanidad.

Todas estas corrientes prometen intensificarse y ampliarse durante el siglo XXI y constituir múltiples principios de transformación, pero la verdadera transformación solo podría llevarse a cabo con una transformación entre sí, operando entonces una transformación global que retro-actuaría sobre las transformaciones de cada uno (**MORIN, 1999**).